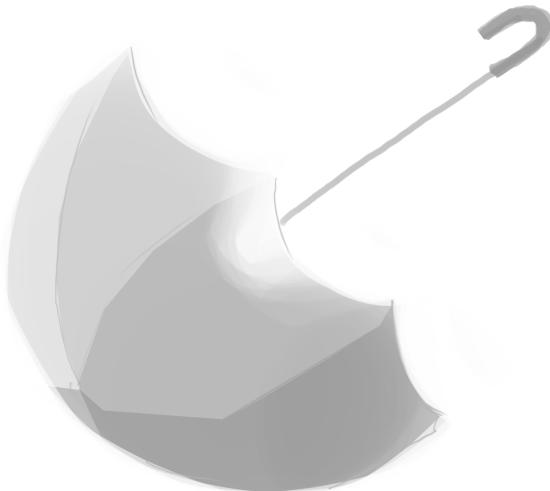


# ENCUENTRO CON UNA MUJER EN UNA PLAYA DE ARENA BLANCA EN CUENCA

Gary Victor









Francisco Salgado Arteaga  
RECTOR

Martha Cobos Cali  
VICERRECTORA  
ACADÉMICA

Jacinto Guillén García  
VICERRECTOR DE  
INVESTIGACIONES



Cecilia Andrade  
PRESIDENTA ALIANZA  
FRANCESA DE CUENCA

Antoine Lissorgues  
DIRECTOR ALIANZA  
FRANCESA DE CUENCA

Thibault De Lucas  
DIRECTOR CULTURAL  
ALIANZA FRANCESA  
DE CUENCA



Monsieur Lesly David  
AMBASSADEUR  
EMBAJADOR

Monsieur Chistian Toussaint  
CHARGÉ D'AFFAIRES  
ENCARGADO DE NEGOCIOS

Monsieur Yves-Carlo Valery  
CONSUL  
CÓNSUL



Toa Tripaldi Proaño  
DIRECTORA DE COMUNICACIÓN Y PUBLICACIONES

Verónica Neira Ruiz  
CORRECTORA DE ESTILO EN ESPAÑOL

Alexis Schulman  
CORRECTOR DE ESTILO EN FRANCÉS

Andrés de Müller Barbat  
TRADUCCIÓN DE LA NOVELA

Miguel David Tillero  
TRADUCCIÓN DEL PRÓLOGO

Cristian Alvarracín Espinoza  
DISEÑO E ILUSTRACIÓN

Impresión  
IMPRENTA UNIVERSIDAD DEL AZUAY

ISBN: 978-9942-822-53-6 / eISBN: 978-9942-822-54-3

Cuenca - Ecuador 2020





# ENCUENTRO CON UNA MUJER EN UNA PLAYA DE ARENA BLANCA EN CUENCA

Gary Victor

Es



## Prólogo

Ya no es en el ambiente tropical de su ciudad natal, entre los zigzag de los tap-taps y las tejas de Puerto Príncipe, que cuenta en cada línea, la magia colorida y caótica de la vida cotidiana de la capital de Haití a través de su vida y sus culturas. Este cruce de las fronteras de Gary, nos lleva a creer que la simbiosis de las culturas, a través de relatos que se diferencian de la partición de las identidades y de las creencias, abre la puerta a un horizonte imaginario que es la esencia cardinal de la escritura.

Gary es uno de esos escritores que, con todo su talento e imaginación, escriben las más bellas páginas de la literatura mundial en todos los géneros y se elevan por encima de malsanas divisiones ideológicas o religiosas.

Gary Víctor con esta pequeña joya, persiste en hacernos ver a través del prisma del imaginario haitiano y nos transporta a miles de metros de altitud para así deleitarnos con este apetitoso tiempo de lectura. Este cuadro; acampado en un contexto sociopolítico latinoamericano; con el alma haitiana como esencia de una migración, donde la realidad de los sueños se confunde con los sueños de la realidad; demuestra una vez más que el autor de “Le Sang et la Mer” (La sangre y el Mar) sigue siendo él mismo.

Este músico de la pluma nos hace leer esta nueva partitura con un ritmo cadencioso, como para ayudarnos a soportar mejor la falta de oxígeno en las alturas de Cuenca. Todo sucede a la velocidad de la ciudad, en la calma y la belleza andina, donde vienen a ahogarse los sueños caribeños de una búsquedad interminable de la vida a través del viaje.

Esta mirada más allá de la inmensidad del océano traduce el deseo de los viajeros de buscar la felicidad, con toda la pasión que atormenta al subconsciente y el imaginario a través de sus sueños.

La Embajada de Haití en Ecuador se enorgullece de unirse a la Alianza Francesa de Cuenca y a la Universidad del Azuay para introducir esta historia en la literatura ecuatoriana. Por eso le invitamos a probar este pequeño plato cocinado en Cuenca.

¡Buena lectura!

Yves Carlo Valery

Cónsul y responsable de asuntos culturales de la Embajada de Haití en Ecuador.

Tuve que ofrecer un billete de cien dólares al encargado de la recepción para que me dejara subir con Amanda Irena y su hijo de un año. ¿Acaso se hacía tan evidente que ella no era de Cuenca, que venía de muy lejos, de un pequeño pueblo venezolano a más de un centenar de kilómetros de la frontera colombiana? La ayudé a llevar su mochila, sorprendido por el peso de cuanto contenía. Su hijo dormía en sus brazos. Una tupida mecha de cabellos de la joven mujer, negros como la noche, acariciaba el rostro del niño y éste parecía sonreír en su sueño. Lo que me interesaba era únicamente que ella mirara la pintura del mural para observar su reacción, pues, en principio, ella debería reconocerse en un obra que databa de más de dos siglos y, al mismo tiempo, darse cuenta también de que el paisaje era exactamente el mismo que aquel donde había sido fotografiada hacía apenas unos meses. Sin embargo, no manifestó más que una discreta sorpresa ante lo que constituía un verdadero misterio. «Es curioso cómo esta mujer se me parece. Incluso la playa parece idéntica». Se encogió de hombros a pesar del peso de su hijo de un año. «Sabes... todas las playas se parecen. ¿Entramos? Tengo una tremenda migraña». No insistí. Había esperado una sorpresa de naturaleza casi metafísica. Una especie de miedo ante lo desconocido que jamás habríamos imaginado. Ese gran miedo que hace que el hombre prepare con cuidado todo tipo de explicaciones y de sistemas religiosos para tranquilizarse. No había habido en ella más que una indiferencia cansada, apenas barnizada por una rápida sorpresa. Debía tener esa capacidad rara de eliminar toda pregunta que se revelara demasiado ardua para ser tratada.

Debí depositar la mochila sobre la madera del parqué para buscar mi llave en mis bolsillos. Abrí la puerta de la habitación, activé las luces presionando el interruptor. Ella entró y colocó a su hijo sobre la cama. Cuando cerré la puerta, ella se volvió hacia mí para preguntarme en su francés un poco vacilante:

-¿Ahora qué hacemos?

\*\*\*

Llegué solo a Cuenca una mañana proveniente de Quito. Fue mi amigo Carlo, cónsul en la embajada de Haití, amigo de la infancia, amante de mis poemas, quien me recomendó encarecidamente visitar esta ciudad. «Encontrarás allí como el sueño perdido de nuestro país. Una tranquilidad. Un vivir en armonía. El casco antiguo es una joya que te mostrará lo que podría haber sido Cap-Haitien si nuestras vilezas no hubieran incrustado nuestro país en la decadencia». El taxi que tomé en el aeropuerto me dejó delante del hotel que me indicó Carlo, pero ya conquistado por el casco antiguo y con mi mochila, me permití un paseo a pie que me condujo hacia la Plaza de San Francisco, a dos cuadras de la Catedral de Cuenca, donde ancianas vestidas como muñecas andinas ofrecían todo lo necesario al perfecto católico para rezar a Dios, los ángeles y los santos. La gente entraba y salía de la iglesia. De este modo, vagué por las calles, aspirando el aire fresco de la ciudad, demorándome en un mercado de flores con esencias que mi olfato percibía por primera vez. Tenía un hambre de lobo, así que en pleno mercado me permití saborear el hornado de Cuenca, trozos de un cerdo entero a la brasa. La carne estaba tierna a más no poder, acompañada de papas, tomate y cebolla. Cuando empecé a sentir dolor en la pierna derecha -ya me hice tratar dos veces por un quiropráctico en Miami- decidí retomar el camino hacia el hotel. Vi apenas a la joven mujer sentada sobre el arcén de una intersección, con un niño de alrededor de un año sobre sus piernas. No me tendió la mano para pedirme limosna. Constaté que era la única mendiga que había visto hasta el momento, si bien no tenía nada de mendiga. Una persona sin hogar, tal vez. Había un orgullo feroz en su mirada. Entré en el hotel, efectuando las formalidades al uso. El recepcionista me preguntó dónde se encontraba Haití. Lo confundí con Tahití. Le hice un rápido curso de geografía en mi español defectuoso y, a modo de agradecimiento, me acompañó hasta mi habitación, haciéndome saber que tenía derecho a una cesta de bienvenida que pronto me traerían. Al subir la escalera recordé que nos encontrábamos casi a 3.000 metros de altitud. Sin embargo, mi pequeña excursión no me había cansado tanto.

Súbitamente tuve dificultades para respirar. Por la falta de aliento, vi pasar extrañas figuras ante mis ojos, una especie de protozoos voladores o algún tipo de criaturas de mundos invisibles que una grieta en mi cerebro, debido a la carencia de oxígeno, me dejó ver. Esa confusión en ese momento me impidió fijarme ese cuadro que marcaría mi estadía. El encargado me explicó que era del todo normal. Un buen té de coca me permitiría superar lo más rápidamente posible los efectos de la altitud. La fatiga me venció. Me acosté sobre la cama y caí dormido inmediatamente. Alguien llamó a la puerta, sin duda por la canasta. Soñé que caminaba sobre una playa de arena blanca hacia una mujer apoyada en un peñasco. Cuanto más avanzaba hacia ella, más se alejaba de mí con su peñasco. No distinguía muy bien su rostro. A la mañana siguiente, me levanté con un pesado sentimiento de frustración. Me dispuse a desayunar, lo que me deparó la ocasión de degustar la horchata, esa deliciosa bebida ecuatoriana que posteriormente recomendaría a todos los amigos que vinieran a Cuenca, atraídos por las crónicas de mi estadía en esta ciudad tan cercana a las nubes.

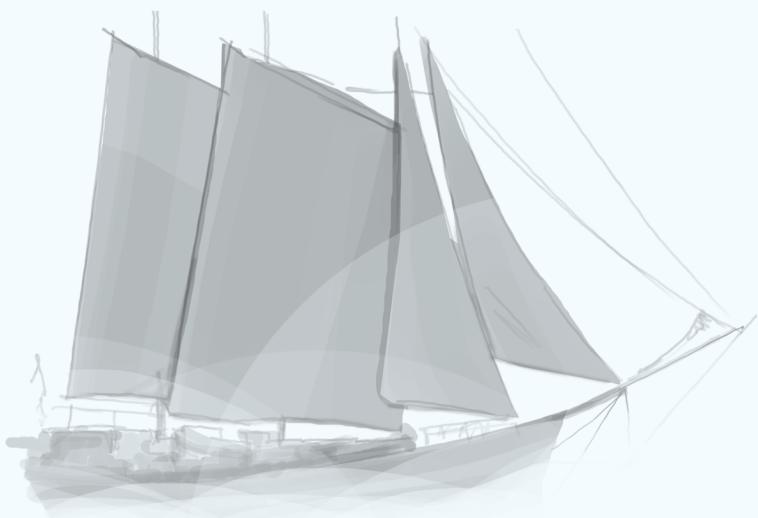
\*\*\*

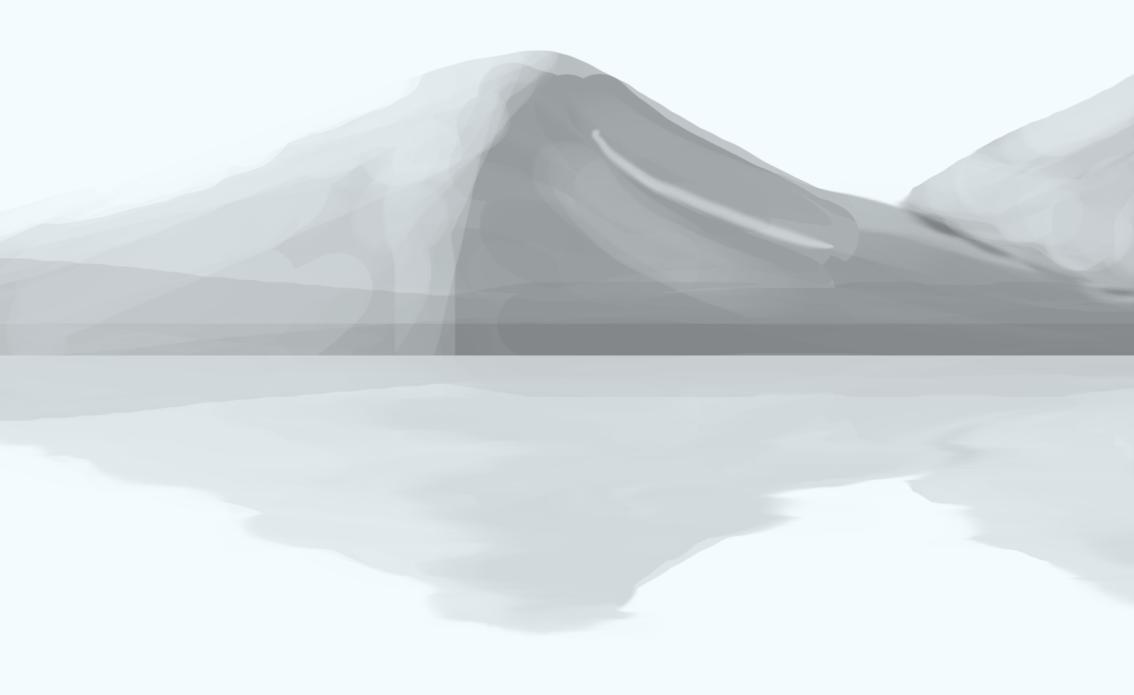




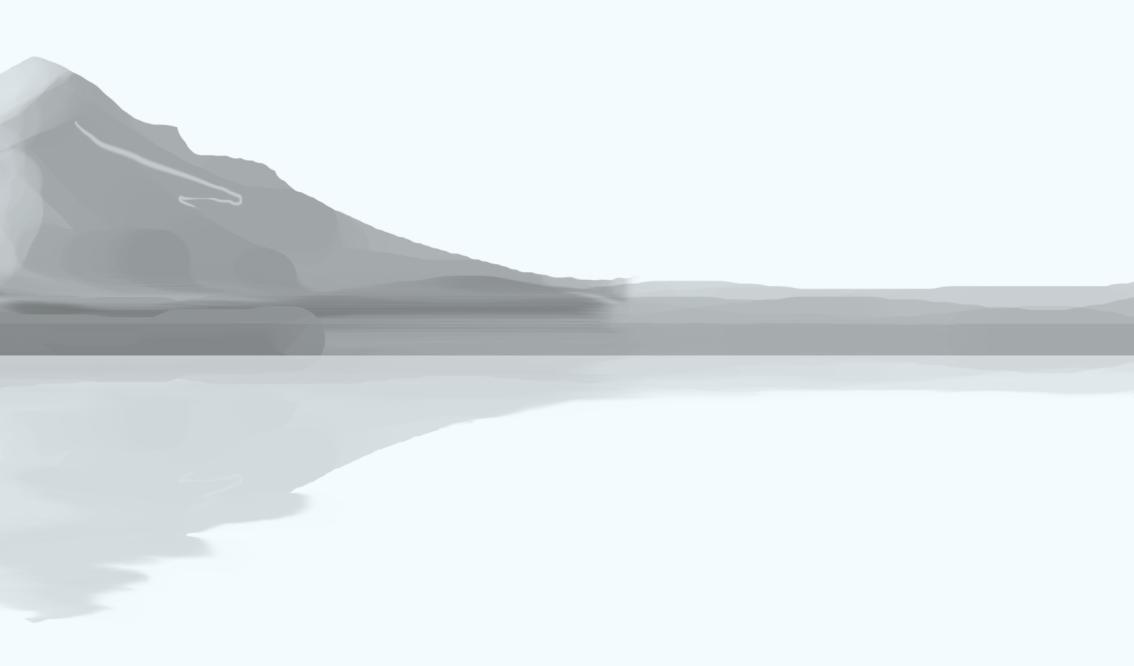
Me levanté a la hora habitual la mañana del día siguiente, teniendo en cuenta que no había un desfase horario significativo entre Puerto Príncipe y Cuenca. A pesar de todo, holgazaneé mis dos buenas horas antes de que el hambre empezara a hacer sonar mi estómago. Tomé una ducha rápida, me vestí con ropa liviana tras verificar en un canal de televisión meteorológico la temperatura prevista y salí en busca de mi desayuno. Un corredor antes de la escalera me condujo ante un gran mural. Ayer, más que cansado, ni siquiera lo había notado. Lo que retuvo mi atención durante varios minutos fue una mujer vestida con un traje largo que no dejaba entrever más que sus pies desnudos. Pertrechada con un chal sobre sus espaldas, estaba apoyada en una pose extrañamente lasciva sobre un peñasco. Se hallaba sobre una playa de arena blanca y miraba hacia un mar cuajado de olas encrespadas y blanquecinas a las que el artista había dotado con la ilusión de movimiento. Me acordé de algunos fragmentos del sueño que había tenido durante la noche. Había una curiosa concordancia. ¿Qué miraba la joven mujer? A lo lejos, las formas apenas visibles de un velero entre la niebla. Podía considerarse un espejismo. Examiné mejor su rostro. Leí algo parecido a un dolor que su orgullo no deseaba mostrar. Una de sus manos estaba posada en el espacio de sus rodillas bajo su ropa, mientras que la otra, sobre su pecho, estaba cerrada como si oprimiera algo muy preciado. Lo que esa joven mujer miraba no era la llegada de un barco; de ser así, hubiera estado de preferencia en el puerto, entre la multitud bulliciosa de personas felices de reencontrarse con sus seres queridos tras una prolongada ausencia. Ese navío se alejaba. La mujer se habría desplazado al puerto para asistir a su partida y después se apresuró a buscar un lugar próximo a la costa desde el que poder seguir la evolución del velero hasta que el horizonte lo sustrajera de su mirada. Era sorprendente encontrar en ese hotel a 3.000 metros de altitud un mural de semejantes motivos marinos y con tal lujo de detalles, como esas gaviotas planeando sobre las furiosas olas.

Me dispuse a preguntar al camarero acerca del mural cuando una mujer bien vestida se acercó a mí y se presentó como la hija del señor Horacio, propietario del hotel. Mi amigo Carlo le había avisado de la presencia de un poeta haitiano en Cuenca. Se mostró contenta de responder a todas mis preguntas sobre la historia de la ciudad y sobre ese hotel, uno de los primeros establecimientos de la ciudad en cumplir los estándares modernos de hostelería. Le hice entender cuán grata me resultaría su compañía en esa primera mañana de mi estadía en Cuenca y le expresé lo satisfecho que ya me encontraba por mi presencia aquí. Le conté mi primera excursión de la víspera desde que bajé del taxi y no pude evitar manifestar mi interés por el mural del primer piso. «Este hotel





fue anteriormente una mansión familiar, comprada por mi padre y totalmente renovada para realizar un sueño que él acarició durante años de dotar la ciudad de un hotel capaz de rivalizar con los mejores de Quito. Dos décadas después de la inauguración del hotel llegó una anciana dama. Era casi centenaria y le contó a mi padre que quiso venir aquí porque era la última descendiente de los propietarios de esta residencia antes de que mi padre la adquiriera. Visitando junto a mi padre la transformación obrada en las diferentes estancias, se sorprendió ante esta pared que, por entonces, estaba sólo recubierta de una pintura de color vino. 'Aquí había un mural', afirmó. Mi padre le explicó que cuando él adquirió la casa allí no había nada en absoluto. Ella insistió: 'Estoy completamente segura que había un mural aquí. Cuando era muy pequeña, yo misma intenté reproducirlo en mi cuaderno escolar'. Tras su partida, y en aras de cerciorarse, mi padre hizo buscar a un especialista. Tras quitar cuatro capas de pintura descubrió una parte del mural. Creo que fue uno de los momentos más hermosos de la vida de mi padre como entusiasta promotor de la conservación de nuestro patrimonio artístico.



Contrató al mejor restaurador de la ciudad. He aquí la historia del mural. No sabemos mucho más. El artista es completamente desconocido. Con un poco de atención, puede leer en la parte inferior de la obra 'Héctor', seguido de una 'S' y de un punto. Mi padre hizo las averiguaciones correspondientes. En vano. Nadie sabrá nunca a ciencia cierta la verdadera historia del mural».

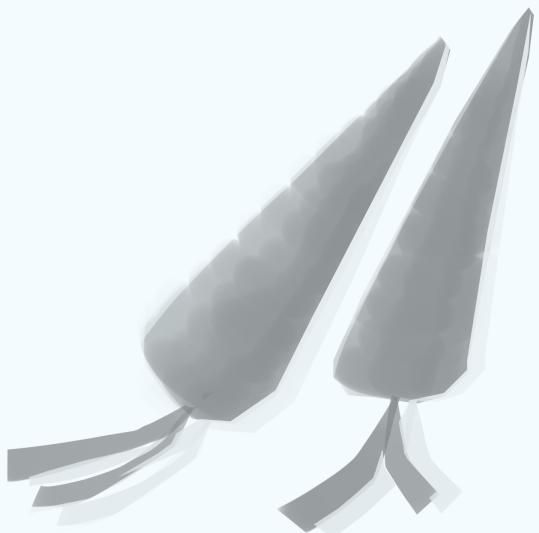
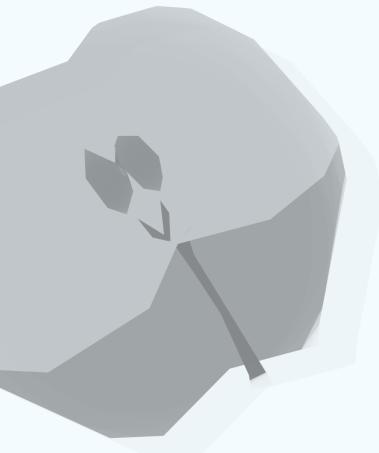
-Probablemente no se trate de un artista de Cuenca. La ambientación marina está demasiado presente. La playa de arena blanca. Esa mujer tan bien integrada en el paisaje. Uno siente un alma fuertemente impregnada de la atmósfera de la costa. Un amor por el mar. Yo sé algo de eso.

Se despidió de mí recordándome que estaba a mi disposición si yo deseaba visitar algunos lugares en particular. Me aconsejó no perderme el Parque Natural El Cajas por sus 255 lagunas, sus especies de flores y plantas endémicas de los Andes. Le prometí recurrir a sus servicios de ser necesario. Mentí. Solo en una ciudad extranjera que amaba, no había nada mejor para que brotaran en mí las emociones que nutrían mi inspiración. Sentía que en Cuenca mi pluma podía revivir.

\*\*\*

Siempre me ha encantado deambular por los viejos cascos urbanos en búsqueda de una vibración, de una pista cualquiera que me permitiera, incluso en un fugaz delirio psicodélico, ver las imágenes de un pasado inscritas, registradas en alguna parte, sobre las viejas piedras. Los mercados públicos me atraían particularmente en las ciudades del sur. En la vieja Europa, los mercados tenían algo de artificial, todo era previsible, ordenado, como esas frutas o verduras transgénicas que damos a comer a la gente. Aquí no había nada de eso. El lugar respiraba la tierra de los Andes con sus frutas y verduras, sus maíces de granos enormes y de colores que yo no había visto jamás en el Caribe. Todo a punto sobre una avenida, los mercaderes ofrecían desde sus puestos toda clase de objetos artesanales, maletas, pañuelos, tejidos de colores tan vivos que parecían haber sido extraídos de un luminoso arcoíris. No compré nada; de momento me conformaba con regatear y grabar lo que me gustaba para procurármelo antes de mi salida de Cuenca.

Vi a las vendedoras de aceite y pomadas de coca en el momento preciso en que mi dolor de pierna comenzó a manifestarse. Notando sin duda mi interés, una de las jóvenes vendedoras me ofreció sus productos mientras me explicaba que no había nada mejor para los dolores articulares, reumatoïdes y de otros tipos. Incluso me garantizó la devolución de mi dinero si los resultados no se ajustaban a las expectativas del comprador. Este último argumento me hizo sonreír, pues me dije que tenía pocas probabilidades de reencontrarla de haber tenido la necesidad de hacerlo y que nada podría probar que le hubiera comprado ese producto. Le pregunté si no era ilegal comprar una preparación a base de coca y marihuana. Se trataba, argumentó, de productos puramente medicinales. Me mostró tres policías impecables en sus uniformes al otro lado de la calle. «No hubiera podido vender en esta plaza pública si estuviera prohibido. Es una medicina ancestral que se remonta a mucho antes de la llegada de los españoles». Poco convencido, lanzando una mirada vergonzosa hacia los policías, compré el aceite a base de coca y de marihuana. Me costó solamente diez dólares. Deslicé rápidamente el pequeño recipiente en mi bolsillo y me alejé bajo la mirada indiferente de los policías.

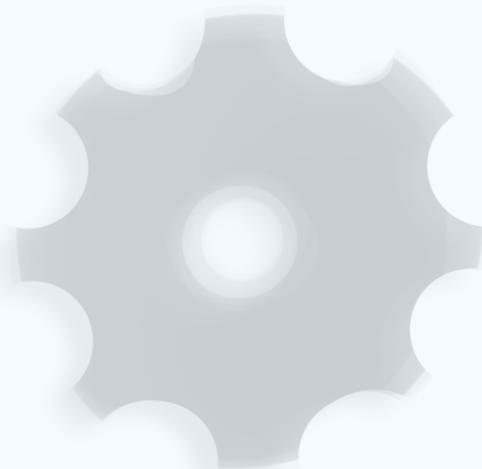


Fue tras rodear la catedral que me llamó la atención la joven mujer sentada sobre la acera con el niño entre sus piernas. Ella había colocado su bolso junto a ella y comía una especie de torta de maíz. El niño, sin duda su hijo, parecía perdido en la contemplación de una rutilante motocicleta estacionada al otro lado de la calle, frente a una tienda que exhibía teléfonos celulares. Registré mis bolsillos y tomé un billete de diez dólares que tendí a la joven mujer. Me miró, sonrió y sacudió la cabeza, rechazando mi limosna. Sorprendido, no sabiendo qué actitud adoptar, volví a meter el billete en mi bolsillo y entré en un pequeño restaurante que vendía hot-dogs. Un hombre, dándose cuenta de mi maniobra, se inclinó hacia mí para preguntarme en inglés si yo era norteamericano. Le dije que no. «Estos venezolanos tienen un orgullo fuera de lugar. Huyen a causa del régimen chavista y, al mismo tiempo, se hacen los orgullosos con los únicos que pueden sacarlos de un apuro. Los americanos». Así que es venezolana, me dije. Me acordé entonces de que Carlo me había prevenido en Quito de que los únicos mendigos o sin techo que vería en Cuenca serían venezolanos huyendo de la crisis de su país. Esto estaba empezando a causar un malestar en la ciudad, pues no sólo aceptaban trabajos remunerados con salarios inferiores a los de los nativos, sino que, al mismo tiempo,

su número aumentaba de tal modo que la capacidad de acogida de la ciudad estaba desbordada. Muchos de esos refugiados dormían en esos momentos al descampado. Uno los encontraba en ciertos lugares de la ciudad, ociosos, esperando la ayuda de una providencia que no siempre se manifestaba.

El momento en que traspasé el umbral del hotel cayó un chaparrón sobre la ciudad. Las ráfagas de viento hacían bailar al unísono las banderas y estandartes que se habían empezado a colocar en las fachadas de las residencias en previsión de las ceremonias de la toma de posesión del alcalde electo. La subida por la escalera me siguió resultando difícil. Falto de aliento, me detuve en el corredor del piso perfectamente lustrado. El mural estaba nuevamente ante mí. El rostro de la joven mujer retuvo esta vez mi atención más particularmente. Tenía la impresión de haberla visto en alguna parte. Me di cuenta de que la mujer no tenía ningún rasgo andino. Era de estatura alta, visiblemente mulata con facciones europeas bastante evidentes. El chal con el que se cubría no ocultaba el color negro de su cabellera. ¿Por qué bruscamente me asaltaba la impresión de haberla visto antes? Comprendí que buscaba en ese mural una improbable idea para una narración breve o una novela, un medio de relanzarme a la creación, pues estaba inmerso en un período de desánimo y esterilidad total de mi pluma.

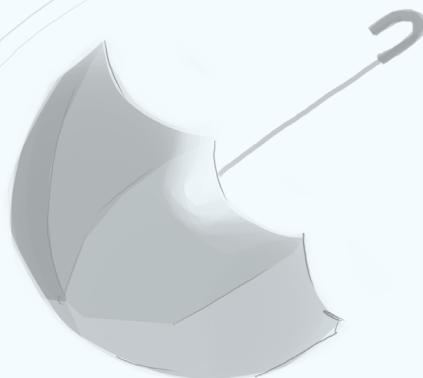
Consagré mi tercer día en Cuenca a salidas a lugares que deben absolutamente ser visitados cuando tenemos la oportunidad de viajar a tres mil metros de altitud en un país y una ciudad tan llenos de historia. Me impresionó especialmente mi visita al Museo Pumapungo y su despliegue de impresionantes detalles sobre las diversas culturas indígenas del Ecuador. Se habla del vudú como el principal espacio de práctica de magia ritual, pero en ese museo redescubrí cómo el ser humano, en todas las latitudes, aprendió e incluso ideó técnicas para no sólo llamar a las puertas de universos invisibles, sino también para dirigirse a las fuerzas que los habitan y para intentar ponerlas a su servicio. La magia de los indios reductores de cabezas me hizo estremecer varias veces durante mi recorrido por las estancias del museo. El calvario de los indígenas de las regiones codiciadas por las compañías petroleras para explotar la riqueza de su suelo me recordó nuestra fragilidad, nuestra impotencia ante la voracidad de las multinacionales cuya búsqueda de beneficio no considera en absoluto la protección del medioambiente. Los dirigentes de esas compañías residen a menudo en el Norte, a miles de kilómetros de América del Sur y de sus poblaciones más vulnerables, testigo de una parte de la historia del mundo. Felizmente, empezamos a comprender que incluso a nivel del medioambiente, de la salud, el planeta es una ciudad global. La destrucción del bosque amazónico, el derretimiento de los glaciares en los polos, podrían tener consecuencias inmensurables para todo el planeta.





Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando abandoné el museo. Cuenca dispone de un sistema de taxis totalmente moderno que permite recurrir a este servicio desde el teléfono celular. Indiqué al conductor que me dejara ante la catedral, ya convertida en mi punto de referencia en esta ciudad en la que hubiera querido hacer un viaje en el tiempo para asistir como un turista indiscreto a la vida íntima y cotidiana de la ciudad en tiempos de la colonia española y de las grandes guerras de emancipación del continente. Los vendedores y los músicos callejeros se daban prisa por cubrir sus puestos, sus instrumentos, altavoces y otros trastos electrónicos con grandes lonas. Unas gotas de lluvia anunciaron un aguacero. Había previsto, como es prudente hacerlo en Cuenca en esta época del año, proveerme de un paraguas que abrí antes de acelerar el paso. En un semáforo en rojo, tres juglares exhibían sus talentos, indiferentes a la amenaza de lluvia que se concretaba. Bordeé las murallas de la catedral, pasé ante el mercado de flores. El hotel se encontraba a diez minutos a pie. La volví a ver, acurrucada sobre la acera, su hijo apretado contra ella, su mochila -que debía de contener sus escasas posesiones- mojada por el agua deslizándose desde el alero de la tienda ante la cual ella parecía haber establecido su cuartel. Me pregunté si, durante la noche, ocuparía el mismo lugar o si encontraría asilo en algún lugar gestionado por una iglesia o asociación de ayuda dedicada a todos aquellos que huían de la crisis provocada en Venezuela por esos demonios de gringos y por esos estúpidos políticos dispuestos a todo con tal de mantener el poder o de apropiárselo. Y tras todo eso, ciertamente, el oro negro, el petróleo, por el cual se pueden sacrificar poblaciones enteras.

Me detuve detrás de ella de tal modo que mi paraguas la cubriera a ella, a su hijo, sus pertenencias y a mí, y, así fusionados, permanecimos protegidos de la tormenta que arreció durante unos diez minutos para cesar tan abruptamente como había empezado. Ella no había parado de lanzarme miradas sin decir nada, el niño durmiendo sobre sus rodillas. Cuando el cielo terminó de empapar la ciudad, procedí a cerrar mi paraguas. «¿Es usted americano?», me preguntó. Su voz me sobresaltó. Una voz al mismo tiempo ronca y melodiosa. «No», le respondí, «Vengo de Haití». Una expresión de gran sorpresa se apoderó de su rostro y, acto seguido, se puso a buscar frenéticamente en su mochila hasta dar con un sobre amarillo. Descartando varias fotos, me entregó una. Mostraba un hombre en la treintena, vestido con un overall, apoyado sobre un carro, las manos sucias sosteniendo una pieza que sin duda acababa de extraer de la caja de cambios. Un mecánico. «¿Lo conoce? Se fue a Haití. Me prometió que me buscaría. Nunca más volví a oír hablar de él. De eso hace ahora más de seis meses». Ciertamente, nunca había visto a ese hombre. Otra fotografía que ella tenía en la mano llamó mi atención. Ella estaba en una playa, apoyada sobre un peñasco, la mirada fija hacia un punto de la costa, con la misma expresión de tristeza que tenía la mujer representada en el mural del hotel. Durante unos segundos, creí que una ilusión, un hecho azaroso como ése podría llegar a darse. Sin embargo, me di cuenta de que esa fotografía era una reproducción exacta del mural del hotel y comprendí por qué, al examinar el rostro del único personaje en esa creación pictórica, había tenido esa impresión de *déjà-vu*. Las dos mujeres eran absolutamente idénticas, como si el pintor hubiera tomado como modelo una mujer



que viviría dos siglos más tarde. El azar puede afectar la realidad, pero el decorado marino era ciertamente el mismo. «¿Dónde se tomó esta foto?», le pregunté, mientras la tomaba de su mano. Mi interés anticipaba la reacción que ella debería haber tenido, pues yo no debería haber cogido la fotografía con tal confianza. Quizás ella pensaba que conmigo tenía alguna posibilidad de reencontrar al hombre que ella debía buscar, sin duda el padre de su hijo a juzgar por su parecido. «En Maiquetia», respondió ella. «Allí es de donde yo procedo. Tras la partida de Carlito, a menudo yo iba a ese rincón, a esa playa, para escrutar el mar. Para decirme a mí misma que él volvería sano y salvo un día, después de que las cosas se arreglaran. Pero nada se arregló. No he tenido ninguna noticia de él. Un día me decidí a partir con amigos hacia la frontera colombiana, y luego me las ingené para llegar hasta Ecuador. Mi hijo sufre de asma y era difícil encontrar medicamentos con la crisis de Venezuela». Yo no la escuchaba. Miraba la fotografía y la comparaba con la pintura. ¿Qué probabilidad podía haber para que tal correspondencia pudiera existir entre un fresco pintado hacia dos siglos y una fotografía, relativamente anodina, tomada en el año 2018? He ahí una oportunidad única para que mi angustia a la página en blanco se batiera en retirada. «¿Podría conservar estas dos fotografías?», pregunté a la joven mujer. «Tengo un amigo en la embajada de Haití. Puedo informarme al respecto. ¿Nombre y apellido del hombre que busca?». De hecho, no era más que un pretexto. Quería tener la fotografía junto a mí para compararla con el fresco. Ella reflexionó durante varios segundos, preguntándose hasta qué punto podía confiar en un desconocido. Era verdad que yo le había manifestado dos veces mi interés hacia ella por su situación, compartida con tantos venezolanos exiliados por las circunstancias que atravesaba el país. «Carlito Méndez. El apellido consta detrás de la foto. Tómelas. Pero, se lo ruego, devuélvamelas. Me encontrará aquí. Me llamo Amanda Irena». Para tranquilizarla, le facilité mi nombre y el del hotel en el que me alojaba. Ella me tendió la mano, su mirada buscando la mía. Su mano era cálida y suave. Me recorrió un escalofrío. No era la mano de una mendiga, de alguien a quien la miseria hubiera devastado el cuerpo y el alma como una lepra. Me turbó especialmente su mirada. Me alejé con una pequeña voz en la cabeza que me decía que devolviera las fotografías, que huyera lejos y lo más rápido posible de aquella mujer. Tenía el corazón demasiado roto, el alma demasiado dolorida para soportar el más mínimo asalto de un sentimiento amoroso.

\*\*\*

<sup>1</sup> Expresión francesa que significa "ya visto" y se refiere a la sensación que experimenta una persona al creer que ya ha vivido con anterioridad un hecho que, en realidad, vive por primera vez. El término fue acuñado por Émile Boirac, parapsicólogo francés (1851-1917).

Atravesé el pórtico del hotel, saludando apenas al recepcionista siempre tan atento conmigo. Me explicó que era originario de uno de las poblaciones de mayor altitud en Ecuador, y yo fui directamente a situarme ante el fresco con la fotografía entre las manos. Era difícil de creer lo que estaba viendo desde el balcón del piso, pedí a un camarero del restaurante que me trajera un whisky seco, y lo hizo de inmediato por mi tono apremiante. De la fotografía al fresco todo era idéntico. Como en el juego de encontrar las diferencias, busqué el detalle casi imperceptible que distinguiera los dos escenarios aparentemente exactos. Yo era casi un experto en este tipo de ejercicios y mis fracasos eran raros. Estaba convencido de que, en esta situación particular, en esta ciudad cuya belleza me había conquistado, desplegué al máximo mis dotes de concentración y mi sentido de observación. El perfil quebrado de las olas, las aristas de los peñascos, las sombras sobre la arena, la ondulación congelada de la cabellera, la formación de los pájaros a lo lejos tras la mujer, entre el mar encrespado y la configuración de nubes sugiriendo distantes montañas nevadas, no había ninguna diferencia entre la fotografía y el fresco. Para cerciorarme de no estar bajo los efectos de una alucinación, llameé al recepcionista, que venía de acompañar a un cliente a su habitación. Le hice ver la fotografía. Sus ojos iban del fresco a la fotografía. «¿Dónde ha encontrado esta foto?», me preguntó. No tenía ninguna razón para ocultárselo. «Me la dio una venezolana en la calle, no muy lejos de la catedral». Él murmuró algo en español de lo que creí entender que la brujería podría estar presente, me devolvió la foto y se apresuró a colocarse de nuevo en su puesto tras el mostrador. Me había fijado en que pasaba el tiempo resolviendo crucigramas o leyendo pasajes de la Biblia. Una vez en mi habitación, me dejé caer vestido sobre la cama. Tenía un inicio de migraña. Era necesario que encontrara una respuesta a ese misterio y únicamente la mujer debía tener la clave del enigma. Tenía que traerla al hotel para que viera el mural, de otro modo no lo comprendería. Me tomaría por un loco. Tenía un buen pretexto para que ella aceptara seguirme. Me dormí. Pasé la noche soñando en esta playa donde una mujer me esperaba, apoyada contra un peñasco. Yo la llamaba, pero ella no me escuchaba. A veces la veía como a través de un vidrio al que golpeaba en vano. Bandadas de pájaros marinos me atacaban para proteger a esa mujer que tomaba entonces el aspecto de la Virgen de todos los milagros. Hui, pero volví al mismo lugar tras reptar a través de un largo túnel que daba acceso a una playa. Me desperté de madrugada cansado, aturdido, destrozado por esa pesadilla en bucle.

\*\*\*

Era casi mediodía cuando pasé por el lugar en el que ella estaba habitualmente, pero no la vi. A su hijo tampoco. No había dejado nada, su mochila, por ejemplo, para evidenciar la ocupación de su territorio sobre la acera. ¿Habría sido apresada por la policía? ¿Habría escogido otra ubicación en la que estaría protegida de la intemperie? ¿Habría encontrado finalmente un lugar de acogida a pesar del flujo de refugiados provenientes de Venezuela, lo que empezaba a provocar el desagrado de los habitantes de Cuenca? Con las dos fotos en el bolsillo, inicié otro largo paseo por las calles de la ciudad, prometiéndome regresar al mismo lugar al final de la jornada y esperando encontrar a esa mujer que tanto me intrigaba. No había tomado conciencia de lo absurdo de mi situación. ¿Era la venezolana la que me interesaba tanto, o bien era la mujer del fresco la que me había perseguido desde mi primera noche en Cuenca? Si el recepcionista no se hubiera dado cuenta de que la fotografía rescatada de las manos de la venezolana era una réplica exacta del fresco sobre la pared del hotel, podría haber creído estar en pleno delirio, un delirio causado por mi fatiga y mis decepciones amorosas de los últimos meses.

Volví a verla al final del día cuando la puesta del sol reflejaba sobre Cuenca todos los matices del fuego batiéndose en retirada ante la proximidad de la noche. Estaba sentada sobre la acera, un chal puesto sobre los hombros, las manos sobre las rodillas en posición de loto. Su hijo dormía entre sus piernas, el pulgar en la boca. No vi su mochila por ninguna parte. «Encontré un refugio», me dijo. «He vuelto aquí por usted, para saber si ha podido encontrar alguna información concerniente a Carlito». Le pedí si podía acompañarme al hotel para mostrarle algo que le interesaría. Mi miró evaluándome para adivinar qué tenía en mente. Podía pensar que me aprovechaba de su situación para tener una aventura. Se levantó, tomó a su hijo cargándolo sobre la espalda. «Soy suya. Estoy preparada para todo con tal de encontrarlo».

\*\*\*

-¿Y ahora qué hacemos ?

Al principio no entendí la pregunta. Ella empezó a desnudarse.

-Mi hijo no se despertará hasta dentro de un rato. Prométame que encontrará a Carlito. Está en Haití, estoy segura. Diríjame. Lo único que quiero es que mi pequeño encuentre a su padre.

Antes de que pudiera reaccionar, sus labios se unieron a los míos. En la dulce somnolencia de Cuenca, jamás me había sumergido tanto en semejante explosión de los sentidos. Si el paraíso o el infierno tuvieran un sabor, me embriagué de él en ese momento. Lo que asombró a la parte aún consciente de mi cerebro fueron todas las sensaciones marinas, todos los sonidos marinos que percibí mientras naufragaba en la voluptuosidad de aquella mujer. Mi último recuerdo antes de perder la conciencia fue que la mujer se alejaba del peñasco sobre el que yo la había descubierto en el fresco. Ella se volvió un instante, con lágrimas en los ojos, para hacerme una señal con la mano, pero la expresión de su rostro era de felicidad. El peñasco me causó miedo, como si pudiera convertirse en peligroso transformándose en una especie de trampa donde caería prisionero por toda la eternidad dentro del fresco. Tal vez no había hecho otra cosa que liberar a la mujer de un terrible sortilegio andino tomando sobre mis espaldas el tiempo de condena que le quedaba por cumplir.

\*\*\*

Unos golpes insistentes en la puerta me despertaron.

«Señor Víctor... Señor Víctor».

Era la voz alarmada del recepcionista. Me dispuse a entreabrir la puerta, pues por la urgencia de su llamada no me dio tiempo a vestirme.

-¿Qué ocurre? -le pregunté.

-Venga a ver -me dijo con voz temblorosa-. Se trata de brujería. No sé lo que diré al señor Horacio.

Me puse algo por encima, me calcé y fui a reunirme con él. Desde el momento en que salí de mi habitación, tenía una parte del mural ante mí. Vi inmediatamente lo que motivaba la inquietud, por no decir el terror del recepcionista. La joven mujer del fresco había desaparecido. No había sido borrada, pues ¿cómo alguien habría podido quitar el personaje del mural sin estropearlo? No se veía nada más que el peñasco sobre el que la mujer había estado previamente apoyada. Me acordé de las dos fotografías que había tomado de las manos de la venezolana. Fui a buscarlas a la habitación para asegurarme de que la que reproducía el fresco no hubiera sido también desprovista de algún elemento. No encontré en ninguna parte ninguna de las fotografías, incluso tras un regis-

tro minucioso. El recepcionista aullaba por el corredor: «Brujería... Brujería». Debía casi zarandearlo para calmarlo. «La mujer con el niño con la que yo vine ayer... ¿Los ha visto partir esta mañana?». Él me miraba como si me hubiera vuelto loco. «¿Qué mujer? ¿Qué niño? Usted entró solo ayer por la noche».

Pasé tres días recorriendo Cuenca a zancadas, buscando a una joven mujer que se llamaba Amanda Irena. Fui a diversos lugares que acogían a refugiados venezolanos. Tuve que responder a preguntas de la policía, pues el propietario del hotel, tras el testimonio del recepcionista, me acusó de haber vandalizado el mural borrando con alguna técnica desconocida el personaje principal que aportaba todo el sentido a una obra de más de dos siglos de antigüedad. La embajada de Haití en Quito tuvo que procurarme un abogado. Ciertamente, esta historia terminó abruptamente. No pudieron probar que yo hubiera secuestrado a la joven mujer del fresco. No se pudo encontrar ninguna explicación lógica a la desaparición de esa mujer sobre una playa de arena blanca a tres mil metros de altitud. Delirio o no, brujería o no, esa noche de amor en Cuenca no la olvidaría jamás.

Gary Victor







FEMME  
RENCONTRÉE  
SUR UNE  
PLAGE DE  
SABLE BLANC  
À CUENCA

Gary Victor

Fr



## Prologue

Ce n'est plus dans l'ambiance tropicale de sa ville natale, entre les zigzag des tap-taps et les bardeaux de Port au Prince qu'il raconte à travers chaque ligne la féerie en couleurs et chaotique du quotidien de la capitale d'Haïti par son vécu et ses cultures. Cette traversée des frontières de Gary nous ramène à croire que la symbiose des cultures à travers des récits qui se démarquent du cloisonnement des identités et des croyances, ouvre la porte sur un horizon imaginaire qui est l'essence cardinale de l'écriture.

Gary fait partie de ces écrivains qui ont avec tout leur talent, leur imagination écrivent les plus belles pages dans la littérature mondiale dans tous les genres et se haussent au-dessus des clivages idéologiques ou religieux malsains.

Gary Victor à travers ce petit joyau persiste toujours à nous faire voir au travers du prisme de l'imaginaire haïtien, et nous transporte à des milliers de mètres d'altitude pour nous régaler cet appétissant temps de lecture. Ce tableau campé dans un contexte socio politique latino-américain avec l'âme haïtienne comme essence d'une migration ou la réalité des rêves se confond avec les rêves de la réalité, prouve encore une fois que l'auteur de "Le Sang et la Mer", reste lui-même.

Ce musicien de la plume qui nous fait lire cette nouvelle partition sur un rythme cadencé comme pour nous aider à mieux supporter le manque d'oxygène dans les hauteurs de Cuenca. Tout se passe à la vitesse de la ville, dans le calme et la beauté andine ou viennent se noyer les rêves caribéens d'une quête interminable a la vie par le voyage.

Ce regard au-delà de l'immensité de l'océan traduit la velléité des voyageurs à chercher le bonheur, avec toute la passion qui hante le subconscient et l'imaginaire à travers leurs rêves.

L'ambassade d'Haïti en Équateur s'enorgueillit de se joindre à l'Alliance Française de Cuenca et l'université d'Azuay pour introduire ce récit dans la littérature équatorienne. Ainsi nous vous invitons à déguster ce petit plat cuisiné à Cuenca.

Bonne Lecture!

Yves Carlo Valery, Consul et responsable des affaires culturelles à l'ambassade d'Haïti en Équateur

J'ai dû tendre un billet de cent dollars au préposé à la réception pour qu'il me laisse prendre l'escalier avec Amanda Irena et son fils d'un an. Cela se voyait-il tant qu'elle n'était pas de Cuenca, mais qu'elle venait de très loin, d'une petite ville vénézuélienne à plus d'une centaine de kilomètres de la frontière colombienne ? Je l'ai aidée à porter son sac à dos, surpris du poids de tout ce qu'il contenait. Son fils dormait dans ses bras. Une grande mèche des cheveux noirs de nuit de la jeune femme caressait le visage de l'enfant et ce dernier semblait sourire dans son sommeil. Ce qui m'intéressait était uniquement qu'elle voit la fresque et que je j'observe sa réaction. Car, normalement, elle devrait à la fois se reconnaître dans une œuvre qui datait de plus de deux siècles et s'apercevoir aussi que le paysage était exactement le même que celui où elle avait été photographiée il y avait tout juste quelques mois. Cependant, elle ne manifesta qu'une surprise discrète devant ce qui était un vrai mystère. « C'est curieux comme cette femme me ressemble. Même la plage semble pareille. » Elle haussa les épaules malgré le poids de son fils de un an « Tu sais... Toutes les plages se ressemblent. On entre ? J'ai une sacrée migraine » Je n'ai pas insisté. J'avais espéré une surprise de nature presque métaphysique. Une sorte de peur devant un inconnu qu'on n'avait jamais imaginé. Cette grande peur des mystères qui fait que l'homme concocte toutes sortes d'explications et de systèmes religieux pour se rassurer. Il n'y avait eu chez elle qu'une indifférence fatiguée, à peine teintée d'une rapide surprise. Elle devait avoir cette capacité rare d'évacuer toute question qui se révélait trop ardue à traiter.

J'ai dû déposer le sac à dos sur le bois du parquet pour chercher ma clé dans mes poches. J'ai ouvert la porte de la chambre, activé les lampes en pressant le commutateur. Elle est rentrée, a déposé son fils sur le lit. Quand j'ai refermé la porte, elle est venue vers moi pour me demander dans son français un peu hésitant.

-Maintenant, qu'est-ce qu'on fait ?

\*\*\*

J'ai débarqué seul à Cuenca un matin en provenance de Quito. C'est mon ami Carlo, consul à l'ambassade d'Haïti, ami d'enfance, amoureux de mes poèmes, qui m'a recommandé chaudement de visiter cette ville. « Tu trouveras là-bas comme le rêve perdu de notre pays. Une tranquillité. Un vivre ensemble. La vieille ville est un joyau qui te montrera ce qu'aurait pu être le Cap-Haïtien si nos turpitudes n'avaient pas incrusté notre pays dans la déchéance. » Le taxi pris à l'aéroport m'avait déposé devant l'hôtel que m'avait indiqué Carlo, mais déjà conquis par la vieille ville, mon sac au dos, je m'étais permis une promenade qui m'avait conduit vers la place publique de San Francisco devant la Cathédrale où de vieilles dames vêtues comme des poupées andines offraient tout qu'il fallait au parfait catholique pour prier Dieu, les anges et les saints. Des gens entraient et sortaient de l'église. J'ai musé ainsi dans les rues, humant l'air frais de la ville, m'attardant dans un marché aux fleurs avec des senteurs qui venaient à mes narines pour la première fois. J'avais une faim de loup ce qui me permit en plein marché de savourer un hornado de Cuenca, un porc entier braisé. La chair était tendre à souhait, accompagnée de pommes de terre, de tomates et d'oignons. Ce ne fut que lorsque ma douleur à la jambe droite commença à se faire sentir - je m'étais déjà fait soigner deux fois par un chiropraticien à Miami - que je décidai de reprendre le chemin de l'hôtel. Je vis à peine la jeune femme assise sur le trottoir à un carrefour, avec un enfant âgé à peine d'un an sur ses jambes. Elle ne me tendit pas la main pour me demander l'aumône. Je constatai que c'était la seule mendiante pour l'instant que j'avais vue même si elle n'avait rien d'une mendiante. Une sans-abri peut-être. Il y avait une fierté farouche dans son regard. Je suis rentré à l'hôtel, effectuant les formalités d'usage. L'employé de la réception me demanda où se trouvait Haïti. Il avait confondu avec Tahiti. Je lui fis un rapide cours de géographie dans mon espagnol approximatif et comme pour me remercier, il m'accompagna jusqu'à ma chambre me faisant savoir que j'avais droit à un pot de bienvenue qu'on m'apporterait bientôt. Monter l'escalier me rappela qu'on se trouvait presque à 3.000 mètres d'altitude. Pourtant ma petite randonnée ne m'avait pas donné tant de mal. J'eus brusquement du mal à respirer. Le souffle court, je vis passer

d'étranges figures devant les yeux, sortes de protozoaires volants Ou quelques créatures des mondes invisibles qu'une fêlure dans mon cerveau due au manque d'oxygène me permettait de voir. Ce trouble à ce moment m'empêcha de voir cette fresque qui allait marquer mon séjour. Le préposé me dit que c'était tout à fait normal. Un bon thé de coca me permettrait le plus rapidement possible de surmonter les effets de l'altitude. La fatigue eut raison de moi. Je me jetai sur le lit et le sommeil m'emporta immédiatement. On frappa sans doute à la porte pour le pot. Je fis le rêve que je marchais sur une plage de sable blanc vers une femme appuyée sur un rocher. Plus je marchais vers elle, plus elle s'éloignait de moi sur son rocher. Je ne voyais trop bien son visage. Je me réveillai le lendemain avec un pesant sentiment de frustration. Je m'apprêtais à petit-déjeuner ce qui fut l'occasion pour moi de déguster ce délicieux cocktail équatorien que je recommandai par la suite à tous les amis qui vinrent à Cuenca, attirés par les récits de mon séjour dans cette ville si près des nuages..

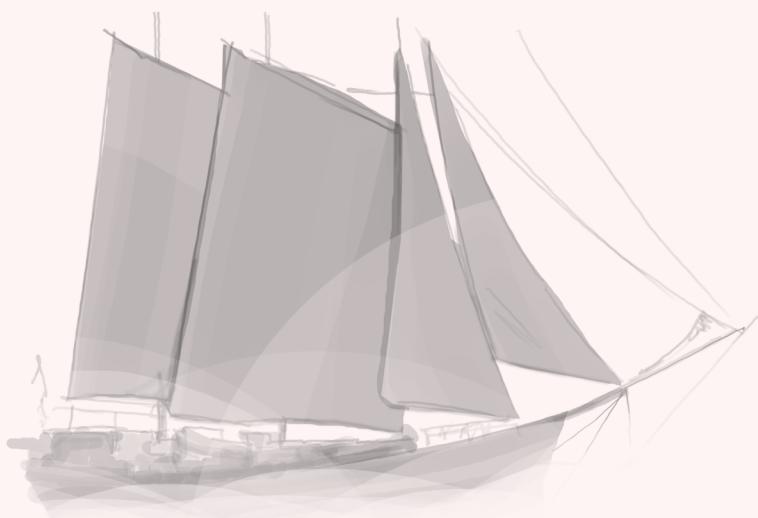
\*\*\*





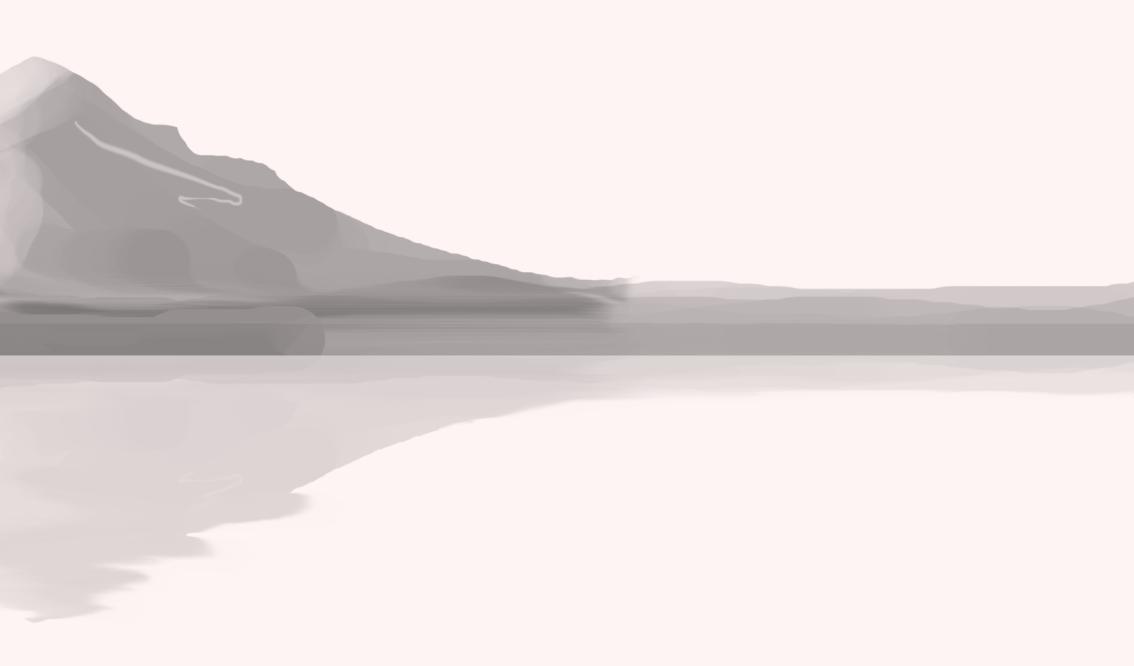
Je me réveillai à l'heure habituelle le lendemain matin, vu qu'il n'y avait pas de décalage horaire significatif entre Port-au-Prince et Cuenca. Je paressai pourtant deux bonnes heures au lit avant que la faim ne commence à me mordiller l'estomac. Je pris un bain rapide, m'habillai léger après m'être assuré sur un channel météo à la TV du temps qu'il ferait puis je sortis en quête de mon petit déjeuner. Un couloir avant l'escalier me conduisit devant une grande fresque murale. Hier, plus que fatigué, je ne l'avais même pas remarqué. Ce qui retint mon attention pendant quelques bonnes minutes fut une femme dans une longue robe qui ne laissait entrevoir que ses pieds nus. Un châle sur les épaules, elle était appuyée dans une pose étrangement lascive sur un rocher. Elle était sur une plage de sable blanc et regardait vers une mer parcourue de vagues aux crêtes blanchâtres auxquelles l'artiste avait pu donner l'illusion du mouvement. Je me souvins de quelques bribes du rêve que j'avais fait durant la nuit. Il y avait là une curieuse concordance. La jeune femme observait quoi ? Au loin, les formes à peine visibles d'un voilier dans le brouillard. On aurait dit un mirage. J'examinai mieux son visage. J'y lus comme une douleur que sa fierté ne voulait pas laisser paraître. L'une de ses mains était posée à l'emplacement de ses genoux sous sa robe, tandis que l'autre sur sa poitrine était fermée comme sur quelque chose de précieux. Ce que cette jeune femme regardait n'était pas un navire qui arrivait. Sinon elle serait de préférence au port, parmi la foule joyeuse de personnes heureuses de retrouver leurs proches après une longue absence. Ce navire partait. La femme s'était rendue au port pour assister à son départ et puis, elle s'était dépêchée de trouver un lieu proche sur la côte d'où elle pouvait suivre l'évolution de voilier jusqu'à ce que l'horizon l'ait soustrait à sa vue. C'était étonnant de trouver dans cet hôtel à 3000 mètres d'altitude une telle fresque marine avec une luxe de détails comme ces oiseaux de mer au-dessus des vagues furieuses.

Je m'apprêtais à questionner le serveur sur la fresque quand une femme bien mise s'approcha de moi, et se présenta comme la fille du señor Horacio propriétaire de l'hôtel. Mon ami Carlo l'avait prévenue de la présence d'un poète haïtien à Cuenca. Elle se disait heureuse de répondre à toutes mes questions sur l'histoire de la ville et sur cet hôtel l'un des premiers établissements de la cité répondant aux normes modernes. Je lui fis comprendre combien sa compagnie me serait agréable en ce premier matin de mon séjour à Cuenca et je lui dis combien j'étais déjà ravi de ma présence ici. Je lui racontai ma première randonnée dès ma descente du taxi la veille dans après-midi et ne pus m'empêcher de manifester mon intérêt pour la fresque de l'étage. « Cet hôtel





était auparavant une maison familiale achetée par mon père et totalement rénovée pour réaliser un rêve qu'il caressait depuis des années de doter la ville d'un hôtel rivalisant avec les meilleurs établissements de Quito. Une vingtaine d'années après l'inauguration de l'hôtel est arrivée ici une vieille femme. Elle était presque centenaire et raconta à mon père qu'elle avait voulu venir là parce qu'elle était la dernière descendante des propriétaires de cette demeure avant que mon père ne l'achète. En visitant en compagnie de mon père ce que les lieux étaient devenus, elle fut surprise devant ce mur qui était alors seulement recouvert d'une peinture rouge vin. « Il y avait une fresque ici, affirma-t-elle » Mon père lui dit que quand il avait pris possession de la demeure il n'y avait rien du tout. Elle insista « Je suis absolument certaine qu'il y avait une fresque ici. Quand j'étais toute petite, j'ai même essayé de la reproduire dans mon cahier d'écolière. » Après son départ, mon père pour en avoir le cœur net fit chercher un spécialiste. Celui-ci après avoir enlevé quatre couches de peinture découvrit une partie de la fresque. Je pense que ce fut l'un des beaux moments de la vie de mon père qui militait tant pour la conservation de notre patrimoine. Il engagea le meilleur



restaurateur de la ville. Voici l'histoire de la fresque. On ne connaît pas grand-chose de plus. L'artiste est totalement inconnu. Avec un peu d'attention vous pouvez lire au bas de l'œuvre « Hector » suivi d'un S et d'un point. Mon père a fait des recherches. En vain. Personne ne saura vraiment l'histoire de cette fresque.

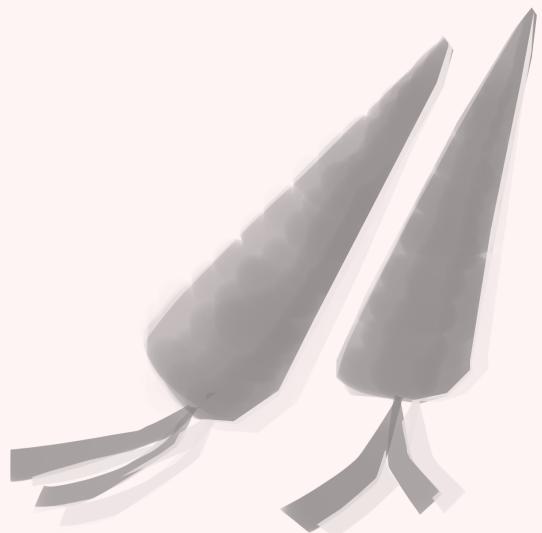
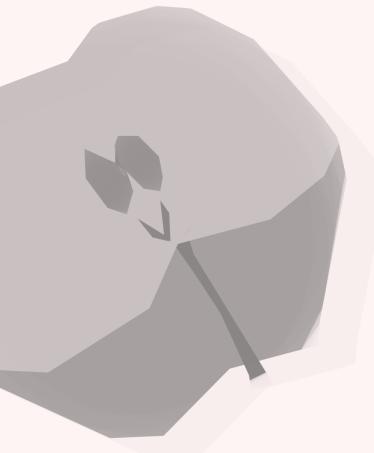
-Ce n'est probablement pas un artiste de Cuenca. L'ambiance de mer y est trop présente. La plage de sable blanc. Cette femme si bien intégrée dans ce paysage. On sent une âme fortement imprégnée de l'atmosphère de la côte. Un amour de la mer. J'en sais quelque chose.

Elle prit congé de moi me rappelant qu'elle était à ma disposition si je tenais à visiter des sites particuliers. Elle me conseilla de ne surtout pas rater le parc naturel de Cajas pour ses 255 étangs, ses espèces de fleurs et de plantes qu'on ne trouvait que dans les Andes. Je lui promis de recourir à ses services si cela était nécessaire. Je mentais. Seul dans une ville étrangère que j'aimais, il n'y avait pas mieux pour faire naître en moi les émotions qui nourrissaient mon inspiration. Et je sentais qu'à Cuenca ma plume pouvait reprendre vie.

\*\*\*

J'ai toujours aimé déambuler dans les vieilles villes en quête d'une vibration, d'un indice quelconque me permettant même dans un fugace glissement psychédélique, de voir des images d'un passé inscrites, enregistrées quelque part, sur les vieilles pierres. Les marchés publics m'attiraient particulièrement surtout dans les villes du sud. Dans la vieille Europe, les marchés avaient quelque chose de factice, tout était prévisible, ordonné, comme ces fruits ou ces légumes transgéniques qu'on donnait à bouffer aux gens. Ici, il n'y avait rien de tout cela. Le lieu respirait la terre des Andes avec ses fruits et ses légumes, ses maïs aux grains énormes et aux couleurs que je n'avais jamais vues dans la Caraïbe. Tout près sur une nouvelle publique, des marchands dans des kiosques offraient toutes sortes d'objets artisanaux, des valises, des foulards, des tissus aux couleurs si vives qu'ils semblaient avoir été découpés dans un arc-en-ciel lumineux. Je n'achetai rien pour l'instant me contentant de marchander et d'enregistrer ce qui me plaisait pour me les procurer avant mon départ de Cuenca.

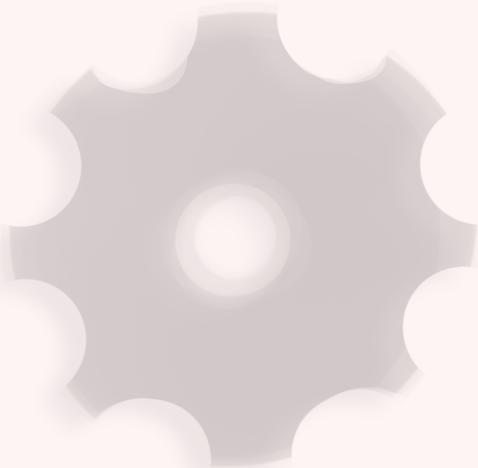
Je vis les vendeurs d'huile et de pommade de coca au moment où ma douleur à la jambe commençait à se réveiller. Remarquant sans doute mon intérêt, l'un des jeunes vendeurs me proposa ses produits en m'expliquant qu'il n'y avait rien de mieux pour les douleurs articulaires, rhumatismales et autres. Il garantissait même la restitution de l'argent si les résultats n'étaient pas conformes aux attentes de l'acheteur. Ce dernier argument me fit sourire, car je me dis que j'avais peu de chance le retrouver si j'en avais besoin si je le voudrais et que rien ne prouverait que je lui avais acheté le produit. Je lui demandai si ce n'était pas illégal d'acheter une préparation à base de coca et de marijuana. Il s'agissait, argua-t-il de produits purement médicinaux. Il me montra trois policiers impeccables dans leurs uniformes de l'autre côté de la rue. « Je n'aurais pas pu vendre sur cette place publique si c'était interdit. C'est une médecine ancienne qui date de bien avant l'arrivée des Espagnols » Peu convaincu, jetant un regard géné vers les policiers je marchandai l'huile à base de coca et de marijuana. Cela me coûta seulement dix dollars. Je glissai rapidement la petite fiole dans ma poche et je m'éloignai sous les regards indifférents des policiers.



C'est après avoir contourné la Cathédrale que mon attention fut attirée par la jeune femme assise sur le trottoir, l'enfant entre ses jambes. Elle avait posé son sac à côté d'elle et mangeait une sorte de galette de maïs. L'enfant, sans doute son fils, semblait perdu dans la contemplation d'une rutilante motocyclette stationnée de l'autre côté de la rue en face d'une boutique qui exposait des téléphones portables. Je fouillai dans ma poche, pris un billet de dix dollars que je tendis à la jeune femme. Elle me regarda, sourit et secoua la tête, refusant mon aumône. Surpris, ne sachant quelle attitude adopter, je remis le billet dans ma poche et entrai dans un petit restaurant qui vendait des hot-dog. Un homme ayant remarqué mon manège se pencha vers moi pour me demander en anglais si j'étais américain. Je lui dis que non. « Ces Vénézuéliens, ils ont une fierté mal placée. Ils fuient à cause des chavistes et en même temps font les fiers avec les seuls qui peuvent les sortir de leur pétrin. Les Américains. » Ainsi elle était vénézuélienne, me dis-je. Je me souvins alors que Carlo m'avait dit à Quito que les seuls mendians ou sans-abri que je verrais à Cuenca seraient des Vénézuéliens fuyant la crise dans leur pays. Cela commençait à causer un malaise dans la ville, car non seulement ils acceptaient des emplois avec un salaire moindre que les natifs, mais en même temps

leur nombre croissait tellement que les capacités d'accueil de la ville étaient débordées. Beaucoup de ces réfugiés dormaient maintenant à la belle étoile. On en rencontrait dans certains endroits de la cité, désœuvrés, attendant l'aide d'une providence qui ne se manifestait toujours pas. Au moment où je passais le portique de l'hôtel, une averse s'abattit sur la ville. Des bourrasques firent danser à l'unisson les fanions et drapeaux qu'on commençait à installer sur la façade des demeures en prévision des cérémonies d'installation du maire nouvellement élu. La montée de l'escalier fut encore pour moi difficile. À bout de souffle, je m'arrêtai dans le couloir au plancher parfaitement lustré. La fresque murale était à nouveau devant moi. Le visage de la jeune femme retint cette fois-ci plus particulièrement mon attention. J'avais l'impression de l'avoir vu quelque part. Je remarquai que la femme n'avait aucune caractéristique andine. Elle était de haute taille, visiblement une mulâtre aux traits européens assez évidents. Le châle qu'elle portait ne dissimulait pas le noir de sa chevelure. Pourquoi brusquement cette impression de déjà vu ? Je compris que je cherchais dans cette fresque une improbable idée pour une nouvelle et un roman, un moyen de me relancer dans la création, plongé que j'étais plongé dans une période de déprime et de stérilité totale de ma plume.

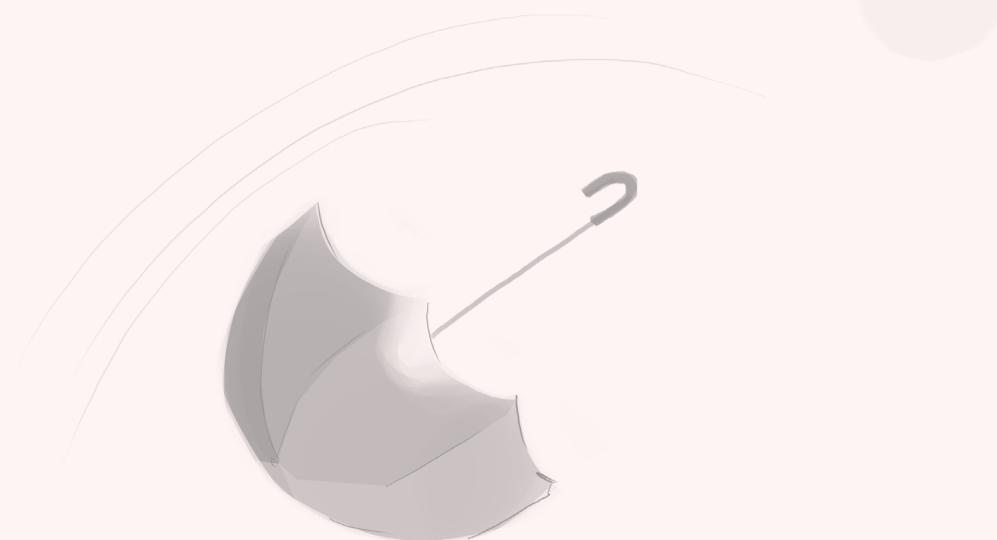
Mon troisième jour à Cuenca, je le consacrai à des sorties sur des sites à visiter absolument quand on a la chance de voyager à trois mille mètres d'altitude dans un pays et une ville si chargée d'histoire. Je fus particulièrement frappé par ma visite au musée Pumapungo présentant avec des détails impressionnantes les diverses cultures indigènes de l'Équateur. On parle du vaudou comme le principal espace de pratique de magie rituelle, mais je redécouvrerais dans ce musée comment l'être humain sous toutes les latitudes avait appris et même pensé des techniques pour non seulement frapper aux portes des univers invisibles, mais également pour s'adresser aux forces qui y résidaient et pour tenter de les mettre à leur service. La magie des Indiens des réducteurs de têtes me fit parfois frémir durant mon parcours dans les couloirs de ce musée. Le calvaire des indigènes dans les régions convoitées par les compagnies pétrolières pour la richesse de leur sous-sol me rappela notre fragilité, notre impuissance devant la voracité des multinationales dont la quête de profit ne tenait aucun compte de protection de l'environnement. Les dirigeants de ces compagnies résidaient souvent au Nord à des milliers de kilomètres de l'Amérique du Sud et de ces dernières populations témoins d'une partie de l'histoire du monde. Mais on commençait à comprendre, heureusement, que même au niveau de l'environnement, de la santé, la planète était un village global. La destruction de la forêt amazonienne, la fonte des glaces des pôles, pouvaient avoir des conséquences incalculables pour toute la planète.





Il était presque quatre heures de l'après-midi quand je quittai le musée. Cuenca a un système de taxi totalement moderne qui vous permet à partir de votre téléphone portable de recourir rapidement à ce service. Je demandai au chauffeur de me déposer devant la Cathédrale qui était devenue mon point d'ancrage dans cette ville où j'aurais voulu faire un voyage dans le temps pour assister en touriste indiscret à la vie intime et quotidienne de la cité au temps des colonies espagnoles et des grandes guerres pour l'émancipation du continent. Les vendeurs, les musiciens de rue, s'empressaient de recouvrir qui leur étalage, qui leurs instruments, haut-parleur et autres bidules électroniques avec de grandes bâches. Quelques gouttes de pluie annonçaient une averse. J'avais pensé, comme il est souvent prudent de le faire à Cuenca à cette époque de l'année, à me munir d'un parapluie que je déployai avant d'accélérer le pas. À un feu rouge, trois jongleurs exhibaient leurs talents, indifférents à la menace de la pluie qui se précisait. Je longeai les murailles de la Cathédrale, passai devant le marché aux fleurs. L'hôtel se trouvait à une dizaine de minutes à pied. Je la vis encore, recroquevillée sur le trottoir, son fils serré contre elle, son sac de camping qui devait contenir le peu de choses qu'elle possédait mouillé par l'eau s'écoulant du toit de la boutique devant laquelle elle semblait avoir établi ses quartiers. Je me demandai si, la nuit, elle occupait le même endroit ou si elle trouvait asile dans un quelconque lieu géré par une église ou une association venant en aide à tous ceux qui fuyaient la crise provoquée au Venezuela par ces démons de gringos et par ces stupides politiciens prêts à tout pour garder le pouvoir ou pour s'en emparer. Derrière tout cela, bien sûr, l'or noir, le pétrole, pour lequel on pouvait sacrifier des populations entières.

Je m'arrêtai auprès d'elle tendant le parapluie de manière à ce qu'elle, son enfant, son sac et moi fussions protégés de l'averse qui se déchaîna pendant une dizaine de minutes avant de cesser aussi brusquement qu'elle avait commencé. Elle n'avait pas arrêté de me jeter des regards sans rien me dire, l'enfant dormant sur ses genoux. Le ciel ayant terminé d'arroser la ville, j'actionnai la fermeture de mon parapluie. « Es-tu américain ? » me demanda-t-elle. Sa voix me fit sursauter. Une voix à la fois rauque et mélodieuse. « Non, lui répondis-je. Je viens d'Haïti. » Une expression de grande surprise se peignit sur son visage puis elle se mit à fouiller frénétiquement dans son sac pour prendre une enveloppe jaune. En retira plusieurs photos, m'en tendit une. Celle d'un homme dans la trentaine, en salopette, appuyé sur une voiture, les mains pleines de cambouis tenant une pièce qu'il venait sans doute d'enlever d'une boîte de transmission. Un mécanicien. « Vous le connaissez ? Il est parti pour Haïti. Il avait promis de me faire chercher. Je n'ai plus entendu parler de lui. Cela fait maintenant plus de six mois » Bien sûr, cet homme je ne l'avais jamais vu. Une autre photographie qu'elle avait en main retint mon attention. Elle était sur une plage, appuyée contre un rocher, le regard fixé vers un point au large, avec la même expression de tristesse qu'avait la femme représentée sur la fresque à l'hôtel. Pendant quelques secondes, je crus à une illusion, un hasard, comme cela peut arriver. Mais je me rendis compte que cette photographie reproduisait à l'identique la fresque de l'hôtel et je compris pourquoi en examinant le visage du seul



personnage de cette création picturale, j'avais eu cette impression de déjà-vu. Les deux femmes étaient absolument identiques comme si le peintre avait pris pour modèle une femme qui allait vivre deux siècles plus tard. Le hasard peut faire des choses, mais le décor marin était vraiment le même. « Cette photo a été prise où ? » lui demandai-je en le prenant de la main. Mon intérêt prévint la réaction qu'elle aurait dû avoir, car je n'aurais pas dû prendre d'autorité la photographie. Peut-être pensait-elle qu'avec moi elle aurait une chance de retrouver l'homme qu'elle devait rechercher. Certainement le père de son enfant à en juger par la ressemblance. « A Maiquetia, répondit-elle. C'est là d'où je viens. Après le départ de Carlito, souvent j'allais dans ce coin, sur cette plage pour scruter la mer. Pour me dire qu'il reviendrait bien un jour après que les choses se seraient arrangées. Mais rien ne s'est arrangé. Je n'ai eu aucune nouvelle de lui. Un jour, je me suis décidée à partir avec des amis vers la frontière colombienne puis je me suis débrouillée pour arriver en Equateur. Mon fils souffre d'asthme et il était difficile de trouver des médicaments au Venezuela avec la crise. » Moi je ne l'entendais pas. Je regardais la photographie et la comparais avec la peinture. Quelle chance y avait-il pour qu'une telle correspondance puisse exister entre une fresque peinte il y a deux siècles et une photographie, relativement anodine, prise en 2018 ? Il y avait forcément là matière à faire battre en retraite mon angoisse de la page blanche. « Puis-je garder ces deux photos ? » demandai-je à la jeune femme « J'ai un ami à l'ambassade d'Haïti. Je peux me renseigner. Nom et prénom de de l'homme que vous recherchez ? » En fait, ce n'était qu'un prétexte. Je voulais avoir la photographie prise sur la place pour comparer avec la fresque. Elle, elle réfléchit quelques secondes, se demandant dans quelle mesure elle pouvait faire confiance à un inconnu. C'est vrai que je lui avais manifesté deux fois de l'intérêt envers elle à cause de sa situation, celle de nombreux Vénézuéliens fuyant ce qui se passait en ce moment chez eux. « Carlito Mendez. Le nom est derrière la photo. Prenez-les. Mais je vous en prie, rapportez-les-moi. Vous me retrouverez ici. Je m'appelle Amanda Irena ». Pour la rassurer, je lui donnai mon nom et celui de l'hôtel où j'étais. Elle me tendit la main, son regard cherchant le mien. Sa main était chaude et douce. Un frisson me traversa. Ce n'était pas la main d'une mendiante, de quelqu'un dont la misère avait ravagé comme une lèpre le corps et l'âme. Son regard surtout me troubla. Je m'éloignai avec une petite voix dans la tête qui me disait de rendre les photographies, de fuir loin et le plus vite possible de cette femme. J'avais le cœur trop brisé, l'âme trop endolorie pour subir le moindre assaut d'un quelconque sentiment amoureux.

\*\*\*

Je passai le portique de l'hôtel, eus à peine un salut pour le préposé à la réception toujours très aimable à mon endroit. Il m'avait fait comprendre qu'il venait d'un des villages les plus hauts perchés d'Équateur, et j'allai me planter devant la fresque, la photographie entre les mains. C'était difficile de croire ce que je voyais et du balcon de l'étage, je criai à un serveur du restaurant de m'apporter un whisky sec, ce qu'il fit avec la que réclamait le ton de la commande. De la photographie à la fresque, tout était pareil. Je cherchai comme dans les jeux où l'on propose de trouver le détail presque imperceptible qui différencie deux scènes apparemment semblables. J'étais presque un expert dans ce type d'exercice et rare était mes échecs. Je fus certain que dans cette situation particulière, dans cette ville dont la beauté m'avait conquise, je déployais au maximum ma concentration et mon sens de l'observation. La ligne brisée des vagues, l'arête des rochers, les ombres sur le sable, l'ondulation figée de la chevelure, la formation des oiseaux au loin derrière la femme, entre la mer houleuse et la configuration des nauges pouvant faire croire à de lointaines montagnes enneigées, il n'y avait aucune différence entre la photographie et la fresque murale. Pour être certain que je n'étais pas la proie d'une hallucination, j'appelai le préposé à la réception qui venait de conduire un client à sa chambre. Je lui fis voir la photographie. Ses yeux allèrent de la fresque à la photographie. « Où avez-vous trouvé cette photo ? » me demanda-t-il. Je n'avais aucune raison de lui cacher. « Une Vénézuélienne dans la rue, pas trop loin de la cathédrale. » Il murmura quelque chose en espagnol où je crus comprendre que la sorcellerie pouvait être de la partie, puis il me remit la photo et se dépêcha de regagner sa place derrière le comptoir. J'avais remarqué qu'il passait son temps à faire des mots croisés ou à lire des passages de la Bible. Une fois dans ma chambre, je me laissai tomber tout habillé sur le lit. J'avais un début de migraine. Il fallait que je trouve une réponse à ce mystère et seule la femme devait avoir la clé de l'énigme. Je devais l'emmener ici dans l'hôtel pour qu'elle voie la fresque sinon elle ne comprendrait pas. Elle me prendrait pour un fou. J'avais un bon prétexte pour qu'elle accepte de me suivre. Je m'endormis. Je passai la nuit à rêver de cette plage où une femme m'attendait, appuyée contre un rocher. Je l'appelais, mais elle ne m'entendait pas. Je la voyais parfois comme à travers une vitre où je frappais en vain. Des hordes d'oiseaux marins s'attaquaient à moi comme pour protéger cette femme qui prenait alors des allures de la Vierge de tous les miracles. Je m'enfuyaïs, mais je revenais après avoir rampé dans un long tunnel qui donnait accès à une plage. Je me réveillai au petit matin, fatigué, étourdi, laminé par ce cauchemar en boucle.

\*\*\*

Il était presque midi quand je passai à l'endroit où elle se tenait habituellement, je ne la vis pas. Son fils non plus. Elle n'avait rien laissé, son sac par exemple, pour signifier l'occupation de son territoire sur le trottoir. Avait-elle été chassée par la police ? Avait-elle choisi un autre lieu où elle serait à l'abri des intempéries ? Avait-elle trouvé finalement un gite malgré l'afflux des réfugiés en provenance du Venezuela, ce qui commençait à provoquer la grogne des habitants de Cuenca. Les deux photos en poche, je partis pour une autre longue promenade dans les rues de la ville, me promettant de repasser au même endroit en fin de journée et espérant que je retrouverais cette femme qui m'intégrait tant. Je ne pris conscience qu'alors de ma délirante situation. Était-ce la Vénézuélienne qui m'intéressait autant, ou bien cette femme de la fresque qui m'avait hanté dès ma première nuit à Cuenca ? Si le préposé à la réception ne s'était pas rendu compte que la photographie prise aux mains de la Vénézuélienne était l'exakte réplique de la fresque sur le mur de l'hôtel, j'aurais pu croire être en plein délire, un délire causé par ma fatigue et mes déboires amoureux de ces derniers mois.

Je la revis en fin de journée quand le soleil couchant faisait jouer sur Cuenca toutes ses nuances de feu battant en retraite devant la nuit proche. Elle était assise sur le trottoir, un châle passé sur les épaules, les mains sur les genoux dans la position du lotus. Son fils dormait entre ses deux jambes, le pouce dans la bouche. Je ne vis nulle part son sac « J'ai trouvé un gîte, me dit-elle. Je suis revenue ici pour vous. Pour savoir si vous avez trouvé des informations concernant Carlito. » Je lui demandai si elle pouvait me suivre à l'hôtel pour lui montrer quelque chose qui l'intéresserait. Elle me regarda, me jaugeant certainement pour savoir ce que j'avais en tête. Elle pouvait penser que je profitais de sa situation pour une aventure. Elle se leva, prit son fils qu'elle cala sur son épaule. « Je suis à vous. Je suis prête à tout pour le retrouver »

\*\*\*.

-Maintenant qu'est-ce qu'on fait ?

Je n'ai tout d'abord pas compris la question. Elle a commencé à se dénuder.

-Mon fils ne se réveillera pas de sitôt. Promets-moi que tu retrouveras Carlito. Il est en Haïti, j'en suis certaine. Emmène-moi. Je veux seulement qu'il retrouve son père.

Avant que je ne puisse réagir, ses lèvres furent sur les miennes. Dans la douce torpeur de Cuenca, jamais je ne fus aussi plongé dans une telle explosion des sens. Si le paradis ou l'enfer avait une saveur, je m'enivrai d'elle à ce moment-là. Ce qui étonna la partie encore consciente de mon cerveau, ce furent toutes les senteurs marines, tous les bruits marins que je percevais pendant que je sombrais dans la volupté de cette femme. Mon dernier souvenir avant de perdre conscience fut cette femme s'éloignant du rocher sur lequel je l'avais découverte sur la fresque. Elle se retourna un instant pour me faire un signe de la main, les larmes aux yeux, mais une expression de bonheur sur le visage. Le rocher me fit peur comme s'il pouvait devenir dangereux, se transformer en une sorte de piège où je serai emprisonné pour les temps et l'éternité dans la fresque murale. Peut-être n'avais-je fait que libérer la femme d'un terrible sortilège andin en prenant sur mes épaules le temps de damnation qui lui restait.

\*\*\*

Des coups frappés avec insistance à la porte qui me réveillèrent.

« Senor Victor... Senor Victor »

C'était la voix alarmée du préposé à la réception. J'allai entrebâiller la porte, car l'urgence de son appel ne me donnait pas le temps de me vêtir.

-Que se passe-t-il ? lui demandai-je.

-Venez voir, me dit-il la voix tremblante. C'est de la sorcellerie. Je ne sais pas ce que je vais dire au senor Horacio

J'enfilai rapidement des vêtements, me chaussai de mocassins et allai le rejoindre. Dès que je sortais de ma chambre, j'avais une partie de la fresque murale en face de moi. Je vis immédiatement ce qui motivait l'inquiétude, pour ne pas dire l'épouvante du préposé à la réception. La jeune femme sur la fresque avait disparu. Elle n'avait pas été effacée, car comment quelqu'un aurait-il pu en quelques heures enlever le personnage dans la fresque sans l'endommager ? On ne voyait que le rocher sur lequel la jeune femme était appuyée. Je pensai aux deux photographies que j'avais prises des mains de la Vénézuélienne. J'allai les chercher dans la chambre pour bien m'assurer que celle qui reproduisait la fresque n'avait pas été aussi amputée de quelque chose. Je ne trouvais nulle part les deux photographies même après une fouille minutieuse. Le préposé hurlait dans le couloir : « Sorcellerie... Sorcellerie. » Je dus presque le secouer pour qu'il

retrouve son calme. « La femme avec l'enfant avec qui je suis venu hier soir... Les avez-vous vus partir ce matin ? » Il me considéra comme si j'étais devenu fou. « Quelle femme ? Quel enfant ? Vous êtes rentré seul hier soir. »

J'ai passé trois jours à arpenter Cuenca, à rechercher une jeune femme qui s'appelait Amanda Irena. Je suis allé dans plusieurs endroits qui recevaient des réfugiés vénézuéliens. Je dus répondre aux questions de la police, car le propriétaire de l'hôtel après le témoignage du préposé à la réception m'avait accusé d'avoir vandalisé la fresque en effaçant par un procédé inconnu le personnage donnant tout son sens à une œuvre d'art vieille de plus de deux siècles. L'ambassade d'Haïti à Quito dut me prendre un avocat. Bien sûr, cette histoire se termina en queue de poisson. On ne pouvait prouver que j'avais séquestré ou kidnappé la jeune femme de la fresque. Aucune explication logique ne pouvant être trouvée à la disparition de cette femme sur une plage de sable blanc à trois mille mètres d'altitude. Mais délite ou pas, sorcellerie ou pas, cette nuit d'amour à Cuenca, je ne l'oublierai jamais.

Gary Victor











ISBN: 978-9942-822-54-3

A standard linear barcode representing the ISBN number 978-9942-822-54-3.

9 789942 822543